

Y yo, ¿qué espero de ti
si eres mi condenación
desde que te conocí?

Tus aguas ponzoñas son...
¡Qué mala fuente te dí
para beber, corazón!

.... BAJO AQUELLA PAZ.....

I

Y bajo aquella paz, con la alegría
de un secreto que rasga de improviso
su túnica, tu blanca mano quiso
desnudar sus pudores y ser mía.

En los espejos cárdenos moría
el oro del crepúsculo indeciso,
y tu mirada un nuevo Paraíso
á mis ojos atónitos abría.

Nada turbó el nupcial recogimiento
del salón, al crepúsculo dormido.
La eternidad detúvose un momento...

Y sin un beso, sin hablarnos nada,
como nadie jamás se ha poseído
nos poseímos con una mirada!

II

Ninguna gema le prestó su alhago
de luz. No es lirio de cristal sonoro,
ni esbelta copa de marfil y oro,
el tosco vaso en que mi sed apago.

Mas de él el cáliz de mis misas hago,
porque en sus tosquedades rememoro
los paraísos que perdidos lloro...
A las frondosas márgenes de un lago,

en la corteza de una rama viva
para ti lo tallé, como votiva
ofrenda. Y siempre que sus aguas bebo,

nuevamente por ti de amor me abraso,
porque no en balde prisioneros llevo
los moldes de tus senos en mi vaso!

III

Suspende, corazón, ese alborozo
que te invade al mirarla, porque es ella
para tu loco afán, como una estrella
encantada en el fondo de algún pozo!

¡Confórmate, pupila, con el gozo
de adivinarla y contemplarla bella!...
Nunca la nombres, alma... ¡El labio sella,
y has de tu eternidad su calabozo!

No soñéis, pobres manos, con sus cálidas
suavidades... ¡Oh, pobres manos pálidas
de tanto acariciar vuestra quimera!

Primero el niño alcanzará á la luna,
que vosotras toquéis siquiera una
hebra flotante de su cabellera!

IV

Trémulo el flanco y palpitante el seno,
á la acuosa caricia te ofreciste,
y por todos tus poros recibiste
la voluptuosidad del mar sereno.

Y al contemplar mis ojos aquel pleno
goce del mar, y como enrojeciste
á sus besos, mi carne sintió el triste
y celoso amargor del bien ajeno.

El mar se estremeció bajo tus blondas
turgencias, en el lúbrico delirio
de poseer tu ecuánime tesoro...

Mas, para defenderte de las ondas,
el sol cubrió tu desnudez de lirio
con su armadura fúlgida de oro!

V

Tarde de otoño... Paz... No hay una nube
en el cielo que el sol poniente dora,
y el crepúsculo es como una aurora
que de los lagos encantados sube...

Tarde de otoño... Paz... No hay una nube
en la unción religiosa de la hora...
¡La tierra entera, arrodillada, ora
bajo las blancas alas del querubel

¿Viví esta hora ó la soñó mi anhelo?
En la paz de la tarde religiosa
sobre el remanso, al inclinar la frente,

todo el oro de otoño se hizo velo
para envolver tu aparición radiosa,
en el espejo azul de la corriente!

VI

De blanco en la marmórea escalinata
del cándido jardín, pareces una
estatua de alabastro que la luna,
al bañarla en su luz, la cambia en plata.

Un idilio de cisnes se retrata
en el claro cristal de la laguna,
mientras alegre el surtidor, alguna
perla de luz de su collar desata.

En la paz luminosa del sendero,
en tanto que tus besos me dan muerte
y tus pudores á mis plantas huellas,

á impulsos de mi mano, el jazminero
sobre la noche de tus rizos vierte
el bautismo de luz de sus estrellas.

VII

Me fatiga la música. Retira
tu mano del piano, que despierta
algo dormido en mí. La herida abierta
vuelve á sangrar, mientras tu voz suspira.

De nuevo el alma condenada gira
en círculo fatal. ¿Por qué entreabierta
dejó tu mano la encantada puerta,
para dar paso franco á otra mentira?

La música me angustia con su horrible
remembranza; me evoca el imposible
amor maldito que me está vedado,

fruta sabrosa del cercado ajeno,
anhelo loco de imposibles lleno,
cuanto más imposible más amado.

VIII

Cuando en inmundo tálamo deshecho
mis ardores aplacan su fiereza,
y abre las rojas fauces y bosteza
el león del deseo satisfecho,

nostálgico suspiro hincha mi pecho,
y mis ojos, sedientos de pureza,
sueñan con el pudor de tu belleza
y la intacta blancura de tu lecho.

Al aspirar los lúbricos olores
de la carne á mi lado adormecida,
siento asco de mí mismo... ¡Quién pudiera

absorber el perfume de tus flores!..
¡Purificar las lacras de mi vida
con el aroma de tu primavera!

IX

Yo le pregunto á veces con respeto
á mi alma: —¿Podrán aún sus pupilas
contemplar el diamante en las tranquilas
aguas, y ver la lágrima en el quieto

zafir crepuscular de mi soneto?
¡Oh!, corazón avaro que vigilas
los tesoros románticos que apilas
en la cueva sin fin de tu secreto,

¿Cuándo te atreverás á abrir la puerta
á la esperanza que llorastes muerta
y que hoy más bella en tus recuerdos vive,

para decir á su divino orgullo:
—¡El homenaje de mi amor recibel...
Todo cuanto atesoro, todo es tuyo?

X

Para el lírico ensueño de mi vida,
en la paz del crepúsculo amaranto,
en tu jardín resucité al encanto
maravilloso del jardín de Armida!

¿Dónde la gruta azul y la florida
glorieta tutelar? ¿En dónde el canto
del rui señor y el silencioso llanto
de la fuente entre rosas escondida?

¿Y dónde tus jardines, las carnales
granadas de tus labios y las pomas
maduras de tus senos otoñales?

¡Sólo en mis manos la nostalgia queda
de tibias tímideces de paloma
bajo una tenue suavidad de seda!

XI

Mano que yo besé tímidamente,
temiendo que mi beso deshiciera
sus jazmines de nieve... Primavera
con que sueña el invierno de mi frente...

¿Cuándo regresarás, pálida ausente,
á cerrar mis heridas? Hechicera,
para sanar, tus bálsamos espera
mi herido corazón convaleciente!

Sueña mi soledad con el encanto
de tus caricias suaves y lejanas...
Cuando vuelvas ¡oh, pálida ilusoria!

á ungir mis penas con el óleo santo
de tus piedades, todas las campanas
de mi pasión repicarán á gloria!

XII

La madreelva que al balcón se enreda
la noche de tu cámara trasmina,
mientras el ruiseñor insomne, trina
en el mármol lunar de la arboleda.

En la ceguera del espejo, queda
sólo una opaca claridad marina...
¡Para velar tu desnudez divina
la blanca noche convirtiose en seda!

Y tu silencio y el silencio mío
colaboraron á rimar á besos
un nocturno simbólico de estío.

Noche de paz y luna... Noche tibia.
¡Ay! ¿no sentiste, blanquear tus huesos,
bajo el beso lunar de mi lascivia?

XIII

¡Oh, tu blanco regazo! ¡En él quisiera
eternamente suspirar cautivo,
amarrado á tu seno por el vivo
dogal de tu nocturna cabellera!

Aún surca el mar mi lírica galera,
con su áurea quilla. En mi jardín estuvo
aún queda para tí como el lascivo
perfume de la muerta Primavera.

No se ha apagado aún; no se ha apagado
el fuego de mi lámpara. Su llama
ilumina tu alcoba y puede aún darte

una ilusión de luz... Todo ha pasado,
y hasta el violento impulso de la brama
perdió su fuerza y transformose en arte!

XIV

Cara á mis ojos y á mis manos cara,
bálsamo y suavidad... Unico amparo
de mi dolor... En mis tormentos faro
y en mis desiertos la cisterna clara.

Más dulce para mí que el oro para
las sórdidas pupilas del avaro...
Reposorio de paz, lecho preclaro
que la piedad del cielo me depara,

al fin de mi camino, cuando exhausto
de cansancio y dolor desfallecía...
Hoy, al partir, en lírico holocausto

á la piedad que para mí destellas,
sobre tu sien coloca mi poesía
esta corona de catorce estrellas!

EL ROSARIO DE AMATISTAS